



Seminario Multidisciplinario, Inés González
 Bachillerato de Estudios Puertorriqueños
 Facultad de Humanidades
 Universidad de Puerto Rico
 Recinto de Río Piedras

*SR 99/1966 KS
 30. nov. 78
 20 abr 1966*

Al término de la Segunda Guerra Mundial, el drama psicológico-realista, con fuertes raíces en Ibsen, Strindberg y O'Neill, se enseñorea de la escena norteamericana. Uno de sus máximos representantes fue, sin duda, Tennessee Williams. Nacido el 28 de marzo de 1914 en la Rectoría Episcopal de Columbus (Miss.), Thomas Lanier Williams —tal su nombre legal— desempeñó los más diversos oficios —lustrabotas, portero, mozo, etc.— al tiempo que estudiaba en la Universidad. Escribió luego poemas, relatos, alguna novela, un libro de memorias y numerosas obras teatrales que son las que le han brindado dilatada fama. El choque entre la realidad y la ilusión, la frustración, la soledad, la fragilidad psíquica constituyen los temas básicos que el dramaturgo desarrolla en un clima de desintegración obsesionante, ríspido. **El zoo de cristal** (1945), **Verano y humo** (1947), **Un tranvía llamado Deseo** (1947), **La rosa tatuada** (1951) y **La noche de la Iguana** (1962) se cuentan entre sus principales obras. Durante muchos años, Editorial Losada publicó, con éxito sostenido, las piezas fundamentales de Tennessee Williams en sus colecciones Gran Teatro del Mundo y Teatro en el Teatro; luego fueron incorporadas a la Biblioteca Clásica y Contemporánea en tres tomos sucesivos (N^{os} 455, 457 y 458). En esta misma colección se publica ahora **El país del dragón**, en dos volúmenes que reúnen ocho obras breves. A la vez que permiten completar la imagen de un autor clave, ellas son ejemplo de síntesis escénica y concentración dramática.

**SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
 JOSE EMILIO GONZALEZ
 FACULTAD DE HUMANIDADES
 UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
 RECINTO DE RIO PIEDRAS**

8950801

mdss c.1

TENNESSEE WILLIAMS

EL PAIS DEL DRAGON I



En el bar de un hotel de Tokio
 Me remonto en llamas, gritó el Fénix
 La mutilada
 No puedo imaginar el mañana

c. XXVII

c. 2

EL PAÍS DEL DRAGÓN
I

BIBLIOTECA
CLÁSICA
Y CONTEMPORÁNEA

TENNESSEE WILLIAMS

EL PAÍS
DEL DRAGÓN

I

En el bar de un hotel de Tokio

Me remonto en llamas, gritó el Fénix X

La mutilada

No puedo imaginar el mañana

Traducción de

ELVIO E. GANDOLFO



EDITORIAL LOSADA, S.A.
BUENOS AIRES

abuela, después de una agonía de varias horas, mi madre llamó a un buen empresario de pompas fúnebres, y después nos dijo: "Ella luchó bien. Ahora bajemos y haré un poco de cocoa y tostadas con canela para todos". Éramos niños, pero aún así pensé que la sugerencia era escandalosamente inapropiada ante la agonía y la muerte de su madre. Pasó un minuto antes de.

MIRIAM. — Ella estaba en el círculo que nos espera fielmente mientras nuestros cuerpos no nos traicionen o nuestras mentes no hagan excursiones de una naturaleza incompatible con el.

LEONARD. — Bueno.

MIRIAM. — Se lo llevaron tan rápido. Si yo dijera que el círculo de luz es la mirada aprobadora de Dios sería romántico, a lo que me niego. El programa de hoy no debería cambiarse salvo la.

LEONARD. — Ausencia de Mark.

MIRIAM. — Mark, que cometió el error de salir deliberadamente del.

LEONARD. — Sí, la ausencia de Mark.

MIRIAM. — Del hombre que ha hecho una travesía que ninguno de nosotros aunque cada uno de nosotros. Inclinaré la cabeza hacia la mesa como si estuviera afectada por. Después, cuando salgamos a la calle, rodéame con el brazo como si estuviera abrumada por la emoción requerida.

LEONARD. — ¿Tienes todo, querida?

MIRIAM. — Sería extraño pero posible si después descubriese que él me importa profundamente a pesar de. Pensó que podía crear su propio círculo de luz.

LEONARD. — Miriam, ¿cuáles son tus verdaderos planes?

MIRIAM. — No tengo planes. No tengo dónde ir.

(Con brusca violencia, se arranca las pulseras de los brazos y las arroja a sus pies. El escenario se oscurece.)

TELÓN

ME REMONTO EN LLAMAS, GRITÓ EL FÉNIX

Obra en un acto sobre D. H. Lawrence

Personajes

LAWRENCE
FRIEDA
BERTHA [Brett]

NOTA DEL AUTOR

La acción de esta obra, que es imaginaria, tiene lugar en la Riviera francesa, donde murió D. H. Lawrence.

Poco antes de la muerte de Lawrence se llevó a cabo una muestra de sus cuadros en Londres. De técnica primitiva y tema audazmente sensual, la muestra creó una pequeña tempestad. Los cuadros fueron confiscados por la policía y habrían sido quemados si las autoridades no hubiesen sido detenidas por una orden de embargo. En esa época el gran estudio de Lawrence sobre la pasión sexual, *El amante de Lady Chatterley*, también estaba bajo prohibición del censor, como lo había estado gran parte de su obra en el pasado.

Lawrence sentía el misterio y el poder del sexo, como el impulso vital primordial, y fue toda su vida adversario de los que querían mantener el tema bien encerrado en los sótanos del pudor. Gran parte de su obra es caótica y distorsionada por obsesiones tangenciales, como su insistencia en la subordinación de la mujer al macho, pero en conjunto es probable que su obra sea el mayor monumento moderno a las raíces oscuras de la creación.

T. W.
Nueva Orleáns, septiembre de 1941.

La escena transcurre en Vence, en los Alpes Marítimos. Cae la tarde. LAWRENCE está sentado en la solana, cuya pared derecha es un ventanal que enfrenta al sol. En esta pared una puerta se abre sobre el alto acantilado marítimo. Es un día ventoso: puede oírse el oleaje. LAWRENCE mira en esa dirección. Detrás de él, sobre la pared izquierda, tejido en plata y rojo y oro, hay un gran estandarte que lleva el diseño del Fénix en un nido de llamas: símbolo favorito de LAWRENCE. Él está sentado perfectamente inmóvil. Su barba es de un rojo feroz y el rostro impasible, color barro cocido con matices de púrpura. Las manos que agarraron la materia terrible de la vida y la volvieron plástica están cruzadas sobre la ajedrezada superficie blanquinegra de una manta de inválido. Los largos dedos de carbonero galés, de delgados pelos rubios y de nudillos abultados, hechos para arrancar el negro corazón de la tierra, están entrelazados con una intensidad que traiciona la falta de reposo interior. Las aletas levemente dilatadas de la nariz absorben y expelen el aire con tal delicadeza que es como si se tratara de una invisible hebra de seda que cualquier tensión anormal pudiera cortar en dos. Nacido para la lucha, LAWRENCE está luchando ahora con algo a lo que no puede ponerle las manos encima. Tiene que controlar la furia. Y por eso está sentado inmóvil al sol: envuelto en una manta ajedrezada y un chal de lana color lavanda. El tigre que hay en él está atrapado pero aún no destruido. Entra FRIEDA, una mujer corpulenta y apuesta de cincuenta años, que recuerda a una valquiria. Lleva un paquetito envuelto en papel brillante.

LAWRENCE (*sin siquiera volver la cabeza*). — ¿Qué es?

FRIEDA. — Algo que dejaron en el umbral.

LAWRENCE. — Tráelo aquí.

FRIEDA. — El donante es anónimo. Apenas alcancé a verla por la ventana.

LAWRENCE. — ¿Una mujer?

FRIEDA. — Sí...

LAWRENCE. — Sí...

FRIEDA. — Una pequeña solterona sin aliento con una cha-

queta azul claro. Lo dejó en el porche y se escurrió colina abajo antes de que yo pudiese contestar la llamada del timbre.

LAWRENCE (*su voz se alza quejosamente aguda*). — Es para mí, ¿verdad?

FRIEDA (*en alemán*). — Ja, es para ti.

LAWRENCE. — ¡Bueno, traélo aquí, maldita seas, tú...!

FRIEDA. — ¡Tch! Creía que el sol te había puesto de buen humor.

LAWRENCE. — Me ha puesto de un humor detestable. Estuvimos sentados haciéndonos morisquetas mutuas la tarde entera. Le dije al sol: ¡Haz que mejore, puta vieja, dame vigor, tómame de las manos y sácame de esta silla! Pero el sol es una roñosa *Hausfrau*. Se pasea barriando los escalones y finge no oírme mendigar. Oh, bueno, no la maldigo. Tampoco a mí me importaron mucho los mendigos. Un hombre no debería mendigar. Un hombre debería tomar lo que desea y arrancarlo de las manos del adversario. Y si no puede lograrlo, si no puede arrancarlo, entonces debería dejarlo en paz y abandonar y contentarse con nada. Mira. (*Ha desenvuelto el paquete.*) Un pequeño frasco de mermelada de naranja. (*Sonríe con placer infantil.*) Es el mes de agosto embotellado.

FRIEDA. — ¡Ja! *Sehr gut*. Puedes comerla en el desayuno.

LAWRENCE (*atrayendo tiernamente con el dedo la espléndida hebra dorada*). — Aja-já. Puedo comerla en el desayuno mientras viva, ¿eh, Frieda? Tiene el tamaño exacto para eso.

FRIEDA. — Cállate. (*Empieza a sacarle el frasco. Veloz como un gato él le aferra la muñeca en un apretón de acero.*)

LAWRENCE. — ¡Suéltala, maldita seas!

FRIEDA (*riendo*). — ¡Dios mío, sigues siendo fuerte!

LAWRENCE. — ¿Creías que no?

FRIEDA. — Lo había olvidado. Has sido tan suave últimamente.

LAWRENCE. — ¿Creías que me habías domado?

FRIEDA. — Sí, pero debería haberme dado cuenta de que no era así. ¡Debería haber sospechado lo que estuviste hacien-

do por dentro, lamiendo esa crema amarilla, viejo zorro taimado, chupando el feroz sol rojo con el cuerpo todo el día y transformándolo en veneno para escupírmelo a la cara!

LAWRENCE. — No: estuve construyendo una trampa. ¡Construyendo una trampa de acero brillante para atraparte, arpía! ¡Ahora escapa, si puedes!

FRIEDA (*con gestos de dolor y respingando*). — ¡Oh, Dios, cómo lastimas!

LAWRENCE (*soltándola lentamente*). — No mientas... Tú, con esa vida magnífica que tienes... ¿Por qué Dios te dio tanta y a mí tan poca? Podrías tomarme el brazo y partirlo como una rama seca.

FRIEDA. — No. Siempre fuiste el más fuerte. Corpulenta como soy, nunca pude ganarte, ¿verdad?

LAWRENCE (*con satisfacción*). — No. No podías. (*Su respiración raspa roncamente.*) Pon el frasco en el antepecho.

FRIEDA (*obedeciendo*). — Ahh, lleva una tarjeta. "De una de sus devotas lectoras." Y al dorso dice: "¡Lo adoro, señor Lawrence, porque sé que sólo un dios podría saber tanto sobre la Vida!"

LAWRENCE (*secamente*). — Parece que buscando a Dios con tan poco éxito por mi parte, accidentalmente me las he arreglado para crearle uno a una solterona anónima de chaqueta azul pálido. ¡En el altar de su deidad pagana coloca un remilgado frasco de mermelada de naranja! ¡Qué mujercita *cínica* es! Sólo los pequeños de la tierra, que se escurren colina abajo como guijarros desprendidos por la lluvia, son capaces realmente de una incredulidad tan monumental. Encuentran a su dios y le dan mermelada. Si encuentro al mío —alguna vez... Si encuentro al mío, me arrancaré el corazón del cuerpo y lo quemaré ante él.

FRIEDA. — Estás recobrando la salud.

LAWRENCE. — ¿Qué te lleva a pensarlo?

FRIEDA. — Te estás poniendo tan sentimental contigo mismo y tan poco apreciado y tan incomprendido. No puedes soportar a Jesucristo porque en eso te batió. ¡Oh, cómo te hubiera encantado sufrir la crucifixión *original*!

LAWRENCE. — Ojalá tuviera tu garganta entre los dedos.

FRIEDA (agachándose junto a él). — Aquí la tienes. Ahora, estrangúlame.

LAWRENCE (tocándole suavemente la garganta con la punta de los dedos). — Frieda, ¿crees que volveré alguna vez a Nuevo México?

FRIEDA. — Harás lo que quieras hacer, Lawrence. Nunca ha habido una resistencia que no pudieras saltar por encima o arrastrarte por debajo a atravesar estrujándola.

LAWRENCE. — ¿Crees que volveré alguna vez sobre un vigoroso caballo blanco y saldré disparado como el viento por el desierto deslumbrante? No soy un literato, estoy cansado de los libros. Nadie sabe qué broma horrible es que una vida como la mía deba manifestarse sólo en libros.

FRIEDA. — ¿De qué otro modo podría manifestarse?

LAWRENCE. — Con algún tipo de acción violenta. Pero todo lo que he hecho ha sido ir cargando por el mundo con mujeres y manuscritos y un humor detestable. Pretendo guerrear contra los conceptos morales burgueses, contra el pudor, contra el intelectualismo, contra toda clase de fuerzas externas que no son externas en absoluto. En realidad contra lo que estoy luchando es contra la vieja solterona que hay en mí, la pequeña solterona sin aliento que se escurre colina abajo antes de que Dios pueda contestar el timbre. Ahora quiero volver al desierto e intentar otra vez todo lo posible para convertirme en salvaje. Quiero pararme en el Lobos y contemplar un aguacero que se acerca a diez millas de distancia como una legión de gigantes en marcha con cascos plateados. ¡Y eso es lo que voy a hacer, maldita seas!

FRIEDA. — ¿Quién dijo que no lo harías?

LAWRENCE. — ¡Tú! Sabes que no lo haré. Sabes que lo que hay en mí de macho salvaje está muerto y todo lo que queda es la vieja *squaw* pusilánime. Las mujeres tienen una intuición tan aguzada de la muerte. La huelen llegar aun antes de que haya partido. Creo que en realidad son las mujeres quienes dejan entrar la muerte, le susurran y hacen señas y le deslizan el oscuro llavín por debajo de los delantales. ... ¿no es así?

FRIEDA. — No: son las mujeres quienes pagan el precio de admisión por la vida. Y durante todas sus vidas forman con los brazos una tranca para la puerta por la que quiere entrar la muerte. Los hombres aman a la muerte: las mujeres no. Los hombres se abren heridas los unos a los otros y las mujeres paran la sangre.

LAWRENCE. — Sí. Chupándola. ¡No me toquetees tanto! (*Desenlaza los dedos.*) Tus dedos, me hacen sentir más débil, me absorben el vigor del cuerpo.

FRIEDA. — Oh, no, no, no, te lo *devuelven*, *mein liebchen*.

LAWRENCE. — Quiero que me prometas algo. Si debo morir, Frieda... ¡que en el momento en que esté muriendo, por favor, me dejen en paz! No me toques, no me pongas las manos encima, y no permitas que nadie lo haga. Tengo la sensación pesadillesca de que mientras muera estaré rodeado por mujeres. Irrumpirán por la puerta y las ventanas en cuanto pierda el vigor necesario para apartarlas. Gemirán y revolotearán como palomas alrededor del Fénix calcinado. Me cubrirán la cara y las manos con besos membranosos y lagrimitas goteantes. Alma, la ninfomaníaca, y la virginia Bertha. Todas las mujeres super y sub-sexuadas que he conocido, que me creen el oráculo de sus libidos embarulladas. Regresarán todas con su solicitud sofocante. No quiero eso. Quiero morir como un viejo animal solitario, quiero morir feroz y limpiamente con nada más que ira y miedo y vérmelas con otras cosas ásperas como ésas a morir. ¿Entiendes, Frieda? Aún queda un poco del macho en mí y es ésa la parte con la que voy a salir al encuentro de la muerte. Cuando llegue la hemorragia final, y *llegaré* en muy poco tiempo, no quiero estar en cama y rodeado de mujeres. No me quedará adentro, Frieda. Abriré esta puerta y saldré al acantilado. Y no quiero que me sigan. Eso es lo más importante, Frieda. Voy a hacerlo a solas. Con las rocas y el agua. La luz del sol... la luz de las estrellas sobre mí. ¡Sin manos, sin labios, sin mujeres! Nada más que... la naturaleza implacable...

FRIEDA. — No te creo. No creo que la gente sólo quiera la "naturaleza implacable" cuando...

LAWRENCE. — ¡Frieda! ¿Quieres decir que te niegas?

FRIEDA. — No. Accedo totalmente.

LAWRENCE. — ¿Me lo prometes?

FRIEDA (*en alemán*). — ¡Sí, cien veces sí! Ahora piensa en otra cosa. Iré a preparar el té. (*Empieza a irse.*)

LAWRENCE (*advirtiendo algo de pronto*). — ¡Ahh, Dios mío!

FRIEDA. — ¿Qué pasa?

LAWRENCE. — Pon la pecera sobre el antepecho de la ventana.

FRIEDA. — ¿Por qué?

LAWRENCE. — Para que pueda vigilarla. Esa gata detestable ha vuelto a atacar a los peces dorados.

FRIEDA. — ¿Cómo lo sabes?

LAWRENCE. — ¿Cómo lo sé? ¡Solía haber *cuatro*, ahora hay *tres*! ¡*Beau Soleil*!

FRIEDA. — Ha salido.

LAWRENCE. — ¡A lamerse las quijadas, Dios la maldiga! Pon la pecera de los peces dorados sobre el antepecho de la ventana.

FRIEDA. — No puedes tenerlos al sol. El sol los matará.

LAWRENCE (*furioso*). — ¡No me contradigas, ponlos *allí*!

FRIEDA (*en alemán*). — ¡Está bien, está bien! (*Se apresura a poner la pecera sobre el antepecho.*)

LAWRENCE. — ¿Sabes lo que creo? Creo que fuiste tú quien le dio el pez. Es muy tuyo hacer algo así. ¡Son las dos tan gordas, tan rapaces, tan depravadamente saludables y hambrientas!

FRIEDA. — ¡Cuánto escándalo por un pez dorado!

LAWRENCE. — No se trata sólo de un pez dorado.

FRIEDA. — ¿De qué se trata entonces?

LAWRENCE. — Ahora que se me ha agotado el vigor no puedo dejar de pensar en cuánto desperdicié riñendo contigo.

FRIEDA (*cubriéndose el rostro de pronto*). — Oh, Lawrence.

LAWRENCE. — ¿Qué estás haciendo? ¿Lloras? No lo hagas. No puedo soportar el llanto. Me empeora.

FRIEDA. — Creo que me *odias*, Lawrence.

LAWRENCE (*tocándole el brazo con timidez*). — No me creas. Te amo. *Ich liebe dich*, Frieda. Pon un poco de ron en el

té. Me estoy poniendo mucho más fuerte, ¿entonces por qué me siento tan débil?

FRIEDA (*tocándole la frente*). — Me gustaría que volvieras a la cama.

LAWRENCE. — La cama es un viejo muñeco de alquitrán. Me quedaría pegado. ¿Cómo sé que podré soltarme otra vez? ¿Tengo la frente caliente? (*FRIEDA le pone la mano sobre la frente.*)

LAWRENCE (*en un agudo tono infantil*). — “¡Mariquita, mariquita, vuela del hogar, tu casa se incendió, tus niños arderán!” (*Sonríe levemente.*) Mi madre solía cantarlo cada vez que veía una. Sencillo. La mayor parte de la gente es tan condenadamente compleja y sin embargo no hay nada destacable en ellos.

FRIEDA. — (*empieza a salir, luego se detiene ante el estandarte*). — ¡Ah, viejo Fénix, viejo pájaro bravío y furibundo en tu nido de llamas! . . . Creo que eres un poquito sentimental.

LAWRENCE (*inclinándose de pronto hacia adelante*). — ¡Té para tres!

FRIEDA. — ¿Quién es?

LAWRENCE. — ¡Bertha! De regreso de Londres con noticias de la muestra. (*Consigue erguirse y salir de la silla.*)

FRIEDA. — ¿Qué estás haciendo?

LAWRENCE. — Voy a salir a recibirla.

FRIEDA. — ¡Siéntate, tonto! Yo la recibiré. Y no te atrevas a pedirle que se quede en esta casa: ¡si lo haces, me iré! (*Sale.*)

LAWRENCE. — ¡Cloc-cloc-cloc-cloc! ¿Crees que ansío tener más gallinas a mi alrededor? (*Se retuerce irritado en la silla por un instante, después arroja a un lado la manta y se pone de pie con esfuerzo. Tambaleante de vértigo y respirando con dificultad, va hacia la puerta interna del fondo del porche. Llega a la misma y se detiene con un ataque de tos. Vuelve la cabeza hacia la silla.*) No, no, maldita seas . . . ¡No lo haré! (*Alza la cabeza hacia el Fénix, se endereza heroicamente y sale. Instantes después regresa*

FRIEDA con BERTHA, una persona pequeña, vivaz, una dama inglesa con la voz rápida y los ojos de un niño.)

FRIEDA. — ¡Dios mío, se levantó!

BERTHA. — ¿No debía?

FRIEDA. — La próxima hemorragia lo matará. El menor esfuerzo puede provocarla. Lorenzo, ¿dónde estás?

LAWRENCE (desde el fondo). — Deja de cloquear, vieja gallina mojada. Vine a buscar el té.

BERTHA. — ¡Vé con él, haz que se detenga!

FRIEDA. — No querrá.

BERTHA. — ¿Desea morir?

FRIEDA. — ¡Oh, no, no, no! No tiene pulmones y sin embargo sigue respirando. El corazón está agotado y sin embargo el corazón sigue latiendo. ¡Es horrible presenciar esta lucha, me gustaría que se detuviera, me gustaría que él cediera y se dejara ir!

BERTHA. — ¡Frieda!

FRIEDA. — Su cuerpo es una casa de papel de seda incendiada. ¡Las paredes son transparentes, están iluminadas por la llamas! Cuando la gente agoniza el espíritu debería salir, debería morir lentamente antes que la carne, no tendríamos que poder verlo tan terriblemente brillante consumiéndolo las paredes que le dan un lugar donde habitar!

BERTHA. — Nunca he creído que Lorenzo pudiera morir. Ni siquiera ahora lo creo.

FRIEDA. — ¿Pero puede hacerlo? ¿Vivir sin cuerpo, quiero decir, ser sólo una llama sin nada de qué alimentarse?

BERTHA. — El Fénix pudo hacerlo.

FRIEDA. — El Fénix era legendario. Lorenzo es un hombre.

BERTHA. — Es más que un hombre.

FRIEDA. — Sé que siempre lo pensaste. Pero estás equivocada.

BERTHA. — Nunca admitirías que Lorenzo fue un dios.

FRIEDA. — Como dormí con él: no, no lo haría.

BERTHA. — En una persona hay algo más por conocer que el conocimiento carnal.

FRIEDA. — Pero el conocimiento carnal es lo más importante.

BERTHA. — No estoy de acuerdo contigo.

FRIEDA. — Tampoco con Lawrence, entonces. Siempre insistió con eso de que uno no conoce a las mujeres hasta que ha conocido sus cuerpos.

BERTHA. — ¡Frieda, creo que eres tú quien lo mantuvo tanto en su cuerpo!

FRIEDA. — Bueno, si lo hice tiene eso por agradecerme.

BERTHA. — No estoy segura de que sea algo por lo cual sentirse agradecido.

FRIEDA. — ¿Qué habrías hecho con él si alguna vez le hubieses puesto las garras encima?

BERTHA. — ¿Garras? ¡Frieda!

FRIEDA. — Lo habrías arrancado de su cuerpo. ¿Dónde estaría él? ¿En el aire? ¡Ahhh, siempre tu profunda comprensión y mi estupidez!

BERTHA. — ¡Frieda!

FRIEDA. — ¡No te das cuenta, eso es todo, el significado de Lawrence se te escapa! ¡Él celebra el cuerpo en toda su obra! ¡Cómo desprecia el pudor de la gente que quiere ocultarlo!

BERTHA. — ¡Oh, Frieda, la misma vieja riña!

FRIEDA. — ¡Sí, abandonémosla! ¡Tratemos de no dividir lo que queda de Lorenzo!

BERTHA. — ¡Lo que queda de Lorenzo es algo que no puede dividirse!

FRIEDA. — ¡Shhh! Se acerca.

BERTHA (avanzando unos pasos hacia la puerta). — ¡Lorenzo!

LAWRENCE (sin verse). — “¿Dónde has estado, gatita, gatita pequeña?”

BERTHA (alegremente). — “¡He estado en Londres para ver a la reina!”

LAWRENCE (nítido). — “¿Qué hiciste allí, gatita, pequeña gatita?”

BERTHA (con la voz fallándole un poco). — “¡Cacé bajo una silla una pequeña ratita!”

(LAWRENCE aparece, riendo, en el umbral: empuja una mesita de té rodante. BERTHA lo mira horrorizada.)

LAWRENCE. — Sí, lo sé... lo sé... Parezco la obra de un embalsamador aficionado, ¿verdad?

BERTHA (*con valentía*). — Lorenzo, se te ve muy bien.

LAWRENCE. — ¡No es rouge, es la fiebre! Estoy ardiendo, ardiendo, y sin embargo nunca acabo de consumirme. Todos los doctores están asombrados. Y desilusionados. Y en cuanto a esa expectante viuda mía: casi ha abandonado toda esperanza.

(BERTHA se adelanta a ayudarlo con la mesa.)

LAWRENCE. — No me fastidies. Puedo arreglarme.

FRIEDA. — No se queda quieto, no descansa.

LAWRENCE. — ¡Cloc-cloc-cloc-cloc! ¡Harías mejor en cuidarte del gallo, vieja gallina mojada!

FRIEDA. — ¡Menudo Chantecler pareces con ese chal lavanda!

LAWRENCE. — ¿Quién me lo puso? ¡Tú, puta! (*Se lo arranca de un tirón.*) El descanso nunca me hizo bien, Brett.

BERTHA. — Descansa un momento. ¡Después volveremos a navegar!

LAWRENCE. — ¡Volveremos a navegar los tres!

¡Rub-a-duba-dubera!

¡Tres locos en una bañera!

¡La Brett, la Frieda

y el viejo traga brasas!

BERTHA (*tirándole de la barba*). — ¡El viejo traga brasas!

LAWRENCE. — ¡Cuidado! Ahora tendré que peinarla. (*Saca un espejito y un peine.*)

FRIEDA. — ¡Tan orgulloso de su horrible barba roja!

LAWRENCE (*peinándose*). — Me envidia la barba. Todas las mujeres le tienen rencor a la barba de los hombres. No pueden soportar nada, Brett, que diferencie a los hombres de las mujeres.

FRIEDA. — Todo lo contrario. (*Sirve el té.*)

LAWRENCE. — Aceptan que el macho entre en sus cuerpos: ¡pero sólo porque esperan en secreto que no pueda volver a salir, que quede capturado para siempre!

FRIEDA. — ¿Qué clase de charla es ésa para que la oiga una señorita?

LAWRENCE. — Ahí la tienes otra vez, Brett: ¡vieja y obscena criatura! ¡Regocijándose maliciosamente de tu soltería!

FRIEDA. — ¿Maliciosamente? ¡Jamás! Pienso en lo afortunada que es por no verse obligada a que le digan cien veces al día que el hombre es la vida y la mujer sólo una rebanada pasiva de protoplasma.

LAWRENCE. — Nunca dije pasiva. Siempre dije malevolente. (*Guarda el peine y se mira en el espejo.*) ¿No parezco el diablo?

FRIEDA. — ¡Te lo aseguro, Brett: sus ideas sobre el sexo están volviéndose directamente cósmicas! Cuando el sol se alza por la mañana... ¿sabes lo que dice? ¡No, no lo repetiré! Y cuando el sol se pone... Oh, bueno, tú misma lo escucharás.

LAWRENCE (*riendo entre dientes*). — Sí, siempre hago la misma observación. Tú misma me oirás en unos minutos... (*aparta el espejo.*) ¡Bueno, Brett!

BERTHA. — ¿Sí, Lorenzo?

LAWRENCE. — Aún no has dicho nada.

BERTHA. — ¿Nada? ¿Sobre qué?

LAWRENCE. — ¿Para qué crees que te envié a Londres?

BERTHA. — ¡Para quitarme de en medio!

LAWRENCE. — ¿Qué más? ¡Desembucha, maldita seas! ¡La muestra! ¿Qué les parecieron mis cuadros?

BERTHA. — Bueno...

FRIEDA. — Adelante, Brett, dile la verdad. ¡El monstruo no estará satisfecho hasta que la oiga!

BERTHA. — Bueno...

FRIEDA. — ¡La muestra fue un fracaso completo! ¡Tal como yo dije!

LAWRENCE. — ¿Quieres decir que les *gustaron* mis quesos?

FRIEDA. — ¿Que les *gustaron* tus cuadros? ¡Dijeron que tus cuadros eran *asquerosos*!

LAWRENCE. — ¡Ah! ¡Éxito! ¿Dijeron que no podía pintar? ¿Que dibujo como un chico? ¿Calificaron mis siluetas de

ahora empezará a destruirlo. Lo está devorando... Oh, pero él no se quedará abajo. Volverá a trepar fuera de su vientre y habrá luz. Al fin siempre habrá luz... ¡Y yo soy su profeta! *(Se pone de pie con dificultad.)*

BERTHA. — ¡Lorenzo!

FRIEDA. — ¡Lawrence, ten cuidado!

LAWRENCE. — ¡Cállense! ¡No me toquen! *(Se tambalea hacia el gran ventanal.)* Al fin habrá luz... ¡Luz, luz! *(Su voz se eleva y abre los brazos como un profeta bíblico.)* ¡Una luz magnífica! ¡Luz magnífica, cegadora, universal! ¡Y yo... soy el Profeta de ella! *(Se tambalea y se lleva una mano a la boca.)*

FRIEDA. — ¡Lawrence!

BERTHA *(aterrada)*. — ¿Qué pasa?

FRIEDA. — ¡La hemorragia!

BERTHA. — ¡Lorenzo! *(Se va a abalanzar sobre él pero FRIEDA le aferra el brazo.)*

LAWRENCE. — No me toquen, mujeres. Quiero hacerlo a solas. No se muevan hasta que haya terminado. *(Gradualmente, como doblado hacia la tierra por brazos invisibles, empieza a derrumbarse: las manos se agarran de las cortinas... se le doblan las rodillas.)*

BERTHA *(forcejeando ferozmente con FRIEDA)*. — ¡Déjame ir, déjame ir, quiero ir hacia él!

FRIEDA. — ¡Aún no... aún no... un momento! *(Los dedos de LAWRENCE se abren. Se desliza al suelo. Está sin vida.)*

FRIEDA *(soltando a la otra mujer)*. — Ahora. Vé a él. Ha terminado.

(Se cubre el rostro. BERTHA se abalanza sollozando hacia LAWRENCE y se inclina junto a él. El sol desaparece.)

TELÓN LENTO

LA MUTILADA

TENNESSEE WILLIAMS

EL PAÍS
DEL DRAGÓN
II

Confesionario
El ataúd de vidrio esmerilado
La Gnädiges Fräulein
Un análisis perfecto dado por un loro X

Traducción de
ELVIO E. GANDOLFO



EDITORIAL LOSADA S.A.
BUENOS AIRES

M.L.Y. — El vino blanco helado es *de rigueur* con el pescado. Hora de comer, Polly.

L.L.Y. — ¡Oh, ya he conseguido la invitación! ¡Sostén la puerta, tengo las manos ocupadas! (MOLLY abre la puerta de *teido*. La Redactora de Sociales entra *aparatosamente*.)

ÄULEIN. — ¡TOIVO, TOIVO! ¿TOIVO? ¿TOIVO? (Gira la cabeza *nerviosamente* como buscándolo en varias direcciones, *incluso en el cielo*, mientras INDIO JOE se dirige lentamente *hacia el portoncito*. Ella *inhala* aire en un suspiro prolongado, *intenso*, absorbiendo el aroma de su presencia cercana. Ella *mira en la cacerola*: cuando se la quita de las manos ella *hace una especie de reverencia*, alzando al mismo tiempo *una mano en un gesto de advertencia*.) ¿Está bien? No puedo imaginar cómo logré atraparlo, estaba tan oscuro en los muelles. Aterrizó justo en mis manos como si Dios me lo hubiese lanzado. Es mejor recibir que dar cuando se recibe para dar: ¿no es verdad, Toivo, *mein liebchen*?

INDIO JOE (gritando). — ¡NO HABER PESCADO EN CACEROLA!

ÄULEIN (con un gesto de advertencia). — ¡Cuidado con las pinas, querido! (INDIO JOE repite el grito, más fuerte. La GNÄDIGES FRÄULEIN lo interpreta como un pedido de una vocal: rompe a cantar —“Esperanza susurrada”— e INDIO JOE entra a la casa. La sala de recibo formal se ilumina mientras se une a MOLLY y POLLY ante una pequeña mesa *estiva*. Se oye el silbato de un barco pesquero. La GNÄDIGES FRÄULEIN deja de cantar, bruscamente, y se lleva una mano *al oído*. El barco hace sonar el silbato por segunda vez. La FRÄULEIN adopta la actitud de largada de un corredor y espera el tercer silbato. Éste demora un poco para la pantomima interior. INDIO JOE empuja a una dama a la izquierda y la *lleva a la derecha* y se sienta a la mesa tomando el pescado. MOLLY le tiende la botella de vino. La sala de recibo se oscurece cuando suena el tercer silbato: la GNÄDIGES FRÄULEIN *emprende una arremetida salvaje, ciega, hacia los muelles*.)

EL ESCENARIO SE OSCURECE

UN ANÁLISIS PERFECTO DADO POR UN LORO

PERSONAJES

BESSIE

FLORA

MOZO

DOS HIJOS DE MARTE

Escenografía: El interior de una taberna de St. Louis, que puede estar representado por un telón de fondo pintado al estilo de las historietas en colores. Debería haber dos marcos de puerta, uno al exterior y el otro que da al baño de damas. El resto de utilería esencial son una mesita redonda y un pasadiscos automático. La luz está enfocada sobre la mesa. En esta zona iluminada entran dos muchachas en los últimos años de su juventud, es decir cerca de los cuarenta. Son FLORA y BESSIE. FLORA es delgada y hasta demacrada y BESSIE proporcionalmente corpulenta. Van vestidas de modo muy semejante. Las dos llevan grandes sombreros de ala ancha, vestidos negros y largos guantes negros, aunque los sombreros de ala ancha son de colores que contrastan vivamente: magenta el de BESSIE y verde pálido el de FLORA. Cada vez que quieren mirarse la una a la otra, les es necesario echar bien atrás la cabeza. Las dos están cargadas de adornos, aros y pulseras de bronce, de modo que cada movimiento es acompañado por un pequeño ruido de percusión. En todo debiera imperar un efecto grotesco y chillón.

BESSIE (mientras entran). — ¡Ni caballos salvajes podían retenerte dentro de ese taxi!

FLORA. — ¡Dos cuadras más y no habríamos podido pagar la tarifa!

BESSIE. — “¡Chofer, chofer, pare aquí, este local parece animado!”

FLORA. — ¡Lo parecía de afuera!

BESSIE. — ¡Sí, parecía una funeraria en ruinas! ¡Una trampa y un engaño si alguna vez vi uno!

FLORA. — ¿Acaso yo soy la responsable?

BESSIE. — ¡Sí!

FLORA. — ¡Pasamos cinco locales en los que me hubiera gustado parar, incluyendo el Dante's Inferno! ¡Pero insistías en decirle al conductor “Siga, siga”, como si fuera una carrera de carros en un circo romano!

BESSIE. — ¡Demonios, lo cierto es que nos sacó de la zona de animación!

FLORA. — Por insistencia tuya, ricura, ¡si hasta un chico podría

guiarlos! Pero ya que estamos aquí, bien podríamos pasarla lo mejor posible.

BESSIE. — ¿Y cómo nos las vamos a arreglar para eso?

FLORA. — Sentándonos y organizándonos un poco, querida. El mozo es lindo.

BESSIE. — ¡Te pido un favor, y sólo uno!

FLORA. — ¿Cuál, Bessie?

BESSIE. — No nos enredemos con el mozo.

FLORA (*dulce y nítidamente*). — ¿Mozo?

BESSIE. — Creo que sería mejor hacer un recuento de nuestras finanzas antes de que llegue. ¿Cuánto te queda?

FLORA. — Seis octavos y un puñado de esas cositas redondas de papel.

BESSIE. — ¡Milésimos!

FLORA. — ¿Qué valor tienen?

BESSIE. — ¡La décima parte de un centavo!

FLORA. — ¡Iuu-juu! (*Los lanza al aire.*)

BESSIE (*con acritud*). — ¡Parece que alguien anda de ánimo terriblemente bueno hoy! (*FLORA se ha abalanzado hacia el pasadiscos automático y ha puesto "Funiculi Funiculà". El mozo se acerca a la mesa, es un pequeño italiano rollizo de delantal verde.*) ¡Mozo, este local es una madeja de mentiras!

MOZO. — ¿Por qué lo dice, señora?

BESSIE. — Afuera hay un cartel que dice: "¡Baile y Espectáculo Todos los Sábados a la Noche!" ¿Pero dónde está el baile y dónde está el espectáculo?

MOZO. — La orquesta se ha marchado, señoras.

BESSIE. — ¡Oh, ya veo! ¡Qué bárbaro! ¡Eso resuelve todos nuestros problemas!

FLORA. — ¿Cuándo se anima la cueva?

MOZO. — ¡Señoras, a la una la cueva está que arde!

BESSIE. — Las nueve menos cinco, y la cueva está paralizada.

FLORA. — ¡Somos integrantes de la División Mujeres del Puesto Jackson Haggerty de los Hijos de Marte de Memphis!

BESSIE. — ¡Que vinimos a la Convención Nacional!

FLORA. — ¡Sin embargo, quedamos separadas de Charlie y Ralph, los muchachos que venían en nuestro grupo!

BESSIE. — ¡Así que ahora salimos "a la pesca"!

FLORA. — ¡Pero no hemos localizado un solo muchacho que conozcamos!

BESSIE. — ¡Nunca he visto una convención tal mal organizada!

FLORA. — ¡Nadie sabe dónde se alojan los demás!

BESSIE. — ¡Nosotras nos hemos agotado sólo tratando de reunirnos con la gente!

FLORA. — ¡La tierra se ha tragado a todos los muchachos con los que veníamos!

BESSIE. — Siempre vamos a la convención anual, pero ésta ha sido una terrible...

FLORA. — ¡Qué desilusión! Aunque dos muchachas libradas a sí mismas pueden divertirse bastante mientras sepan cómo tomarse las cosas con ánimo.

BESSIE. — Mientras estén de acuerdo en las cuestiones básicas. Sírvanos dos cervezas.

MOZO. — ¿Copas de cinco centavos o las grandes de diez?

(*FLORA alza las manos y BESSIE se golpea el pecho.*)

BESSIE. — ¡Tráiganos dos floreros!

FLORA. — ¡De ámbar líquido, por favor! (*El Mozo se retira.*)

FLORA (*siguiéndolo con la mirada*). — Bastante lindo, ¿eh?

BESSIE. — Querida, ningún hombre con esa panza puede ser lindo.

FLORA. — *Chacun a son goût.* (*Llama.*) Mozo, ¿no vio entrar aquí a ningún Hijo de Marte?

MOZO (*regresando con dos copas grandes*). — Entraron dos un momento antes que ustedes, señoras.

BESSIE. — ¿En serio?

MOZO. — ¡Uno de ellos chorreaba agua!

FLORA. — ¡Qué!

BESSIE. — ¿Cómo es eso?

MOZO. — Dijo que habían dejado caer bolsas de papel con agua por las ventanas del hotel y una de las bolsas de papel le había dado en la cabeza y se había reventado y derramado toda el agua sobre él.

(BESSIE y FLORA chillan divertidas pero el MOZO sigue considerando con horror el incidente.)

FLORA. — ¿No son graciosos?

BESSIE. — ¿No piensan en las cosas más locas para hacer?

FLORA. — ¡Eso es lo que me gusta de ellos!

BESSIE. — ¡Eso es lo que me encanta!

FLORA (con una risita apreciativa). — ¿Sabes lo que son? ¡No son más que muchachones... crecidos!

BESSIE. — Mi amiga y yo hemos asistido a todas las convenciones desde...

FLORA. — ¡Tiempos inmemoriales... sí! Me pregunto de qué hotel habrán dejado caer las bolsas de papel.

BESSIE. — Te apuesto que era el Statler.

FLORA. — ¿Por qué el Statler?

BESSIE. — ¡El Statler está siempre tan animado!

FLORA. — Bien podría haber sido el Coronado, o el Jefferson.

BESSIE. — El Jefferson no.

FLORA. — ¿Por qué el Jefferson no?

BESSIE. — El Jefferson es un hotel tan digno.

FLORA. — ¡Eso no es cierto!

BESSIE. — Bueno, hay un solo hotel en América que me pone sentimental.

FLORA. — ¿Cuál es?

BESSIE. — ¡El hotel Sherman de Chicago! (Hace girar los ojos y sacude las pulseras.) ¡Imágenes de la Convención de 1926! ¡La mejor de todas sin excepción!

FLORA. — ¡Todo depende del grupo en el que te metieron!

BESSIE. — ¡La sociabilidad es todo lo que importa realmente! Aunque los Hijos de Marte son una organización seria. En muchos aspectos.

FLORA. — El país estaría en un aprieto terrible sin ellos.

BESSIE. — ¡Lo que dices no son pavadas! ¡Pero aquí entre nosotras, los muchachos son unos bromistas tremendos!

MOZO. — ¿Se enteraron de lo que hicieron en la Avenida Washington?

FLORA. — ¡No!

BESSIE. — ¿Qué?

MOZO. — ¡Le sacaron la ropa a una muchacha y la mandaron a casa en un Yellow Taxi Cab!

(Se aparta, con andar cómico, de la luz del spot. Las muchachas echan la cabeza hacia atrás y ríen a mandíbula batiendo.)

FLORA (recobrando al fin el aliento). — ¡Apuesto doble contra sencillo a que nadie se atreve a intentar lo mismo conmigo!

(Barre con una mirada desafiante el café desier.)

BESSIE. — Un Hijo de Marte ni se sonaría la nariz en este local.

FLORA. — Bueno, fuiste tú la que insistió con el Statler.

BESSIE. — ¿Y qué tiene de malo el Statler?

FLORA. — ¿Alguna vez tuvimos suerte en el Statler?

BESSIE. — Dos veces.

FLORA. — ¿En los recuerdos de quién?

BESSIE. — ¡Míos! Tú no estabas.

FLORA. — No, supongo que no estaba.

BESSIE. — ¿Pero me oíste hablar de ese tipo de un restaurante de Chicago?

FLORA. — ¿Si te oí hablar de él? Continuamente, sí...

BESSIE. — Fue en el Statler donde conocí a ese tipo.

FLORA. — Y yo recuerdo muy bien en qué terminó aquello.

BESSIE. — Yo no lo lamento; en ese sentido no tengo quejas.

FLORA. — Bessie, en lo que se refiere a los hombres no tienes orgullo.

BESSIE (lenta y sentenciosamente). — No, no tengo orgullo en lo que se refiere a los hombres y tú no tienes orgullo en lo que se refiere a los hombres. Ninguna tiene orgullo en lo que se refiere a los hombres. ¡Así son las cosas, enfrentémoslo! No soy fría de corazón y cuando salgo con un muchacho estoy tan ansiosa como él de pasar un buen rato.

FLORA. — Más.

BESSIE. — Sí, es cierto, a menudo más. Es decir, siempre le hago algunas concesiones.

FLORA. — Más que algunas concesiones, querida.
BESSIE. — Sí, a veces hago más que algunas concesiones y no veo por qué tengo que ser criticada por eso.
FLORA. — Nadie ha dicho una sola palabra de crítica.
BESSIE. — Hago un esfuerzo por crear un poco de felicidad en el mundo, aunque sólo sea por una noche. Brindar un buen momento y un recuerdo agradable, aunque sea a un extraño, no es un crimen.
FLORA. — ¿Quién te dijo que lo fuera?
BESSIE. — Algunas personas parecen tomar esa actitud.
FLORA. — Ciertamente yo no, nunca.
BESSIE. — Hablaste del orgullo como si yo no tuviera el menor orgullo.

(*Se inclina hacia atrás con considerable esfuerzo para mirar a FLORA por debajo del borde del gran sombrero.*)

FLORA (*con rapidez*). — Dije falso orgullo, no orgullo. Hay una diferencia, Bessie.
BESSIE. — Es exactamente lo que estaba señalando.
FLORA. — Todo lo que quiero decir es que una muchacha no debería transar con el respeto a sí misma.
BESSIE. — No necesita hacerlo... y no veo por qué debería hacerlo.
FLORA. — Es exactamente lo que yo quería decir.
BESSIE. — Salvo que a veces te vas al otro extremo.
FLORA. — ¿Sí?
BESSIE. — Ajá.
FLORA. — ¿Al otro extremo de qué, si es que puedo saberlo?
BESSIE. — Del respeto... a uno mismo.
FLORA. — ¿Quieres decir que no soy una buena compañera para divertirse?
BESSIE. — Eso es exactamente lo opuesto a lo que quise decir.
FLORA. — En lo que a mí respecta lo que quieres decir siempre es privado.
BESSIE. — El problema contigo es que tu mente se desvía de un tema pero sigues mascando las palabras como si pesaras ca-

da una que se pronuncia. (*Se está empolvando furiosamente.*)
¡Por eso es tan difícil hablar contigo!
FLORA. — ¡Oh... demonios!

(*Aparta los ojos de su amiga con un gesto lento y hastiado, pero la mirada de BESSIE queda fija en FLORA. La cabeza de FLORA empieza a colgar como una flor pesada en un tallo delgado.*)

BESSIE (*suspica*). — Bravo por ti, señorita Cándida.
FLORA. — Me hice leer el carácter esta tarde.
BESSIE. — ¿Por quién? ¿Una gitana?
FLORA. — No, me lo leyó un loro.
BESSIE. — ¿Estás bromeando?
FLORA. — No. Le di diez centavos a un hombre y él abrió la jaula del loro y el loro salió de un salto y metió la cabeza en una caja y sacó un trozo de papel con el pico. Tomé el trozo de papel y, ¿adivina qué decía?
BESSIE. — ¿Cómo voy a adivinar lo que decía el trozo de papel?
FLORA. — Te lo diré, Bessie. "¡Usted tiene un carácter sensible, y con frecuencia sus amigos cercanos no la comprenden!"
BESSIE. — ¡Ah!
FLORA. — Imagínate, Bessie. ¡Un análisis perfecto dado por un loro!
BESSIE. — Yo no tengo mucha fe en ese tipo de cosas. (*FLORA echa hacia atrás la cabeza para dirigirle a la amiga una larga y crítica mirada.*)
BESSIE (*nerviosa*). — ¿Y bien?
FLORA. — Límpiame el mentón, Bessie. Tienes espuma.
BESSIE. — Gracias, señorita Cándida. (*Hay una pausa.*) ¿Puedo hacerte una pregunta?
FLORA (*suspica*). — ¿Qué, señorita Puntillosa?
BESSIE. — ¿Aún sigues con esos tratamientos de Belleza Juvenil?
FLORA. — Me hice un tratamiento de Belleza Juvenil esta tarde.

BESSIE. — ¿Estás satisfecha con los resultados?

FLORA. — He notado una mejora del ciento por ciento en mi piel desde que empecé con los tratamientos de Belleza Juvenil, Bessie.

BESSIE. — Me alegro de que lo hayas notado, querida.

FLORA. — ¿Por qué, tú no?

BESSIE (*encendiendo un cigarrillo*). — Flora, en lo que se refiere a la belleza tu problema fundamental no son los puntos negros. Son los poros abiertos, querida.

FLORA (*con feroz convicción*). — ¡No me ha quedado un solo punto negro en la cara, sólo unos pequeños puntos blancos, y esta pequeña marca que no es más que uno que me saqué con una horquilla para el pelo!

BESSIE. — Bueno, Flora, tu problema es la piel y bien podrías aceptarlo.

FLORA. — El problema de todos es la piel, incluso el tuyo, Bessie. Aunque desde luego tu problema básico es bajar de peso.

BESSIE. — Soy un tipo de mujer que puede soportar una buena cantidad de peso porque tengo huesos grandes. Sin embargo, el peso siempre ha estado bien distribuido en mí.

FLORA. — Mientras no enfrentes los hechos, hablar no tiene sentido. ¡La complacencia es una cosa y el... optimismo otra!

BESSIE. — ¿Qué mira con más interés un hombre: una silla recta o una mecedora?

FLORA. — Depende del hombre y del tamaño relativo de la mecedora.

(*BESSIE echa atrás la cabeza para estudiar el rostro de FLORA, pero la gravedad se la vuelve a bajar con un brusco movimiento.*)

FLORA (*siguiendo con suavidad*). — ¿Sabes qué te haría mucho bien, Bessie?

BESSIE. — No. ¿Qué?

FLORA. — ¡Ejercicios de flexión!

BESSIE. — Pensé que ibas a decir: "Yoga"... ¿pero quién quiere doblarse?

FLORA. — ¡Toda la que quiera conservar líneas juveniles! ¡Tienes que resignarte a hacer algún esfuerzo, a menos que prefieras dejar que las cosas sigan su curso. (*Hay una pausa reflexiva. Después continúa lenta, gravemente.*) La naturaleza no juega a favor de una muchacha que ha pasado los treinta.

BESSIE. — ¡Por una vez en la vida has dicho una gran verdad!

(*Hay otra breve meditación.*)

FLORA (*vivazmente*). — Querida, ¿por qué no jugamos las dos al golf los domingos?

BESSIE. — ¿Descubrieron petróleo en tu terreno?

FLORA. — ¿Y eso qué tiene que ver con el golf?

BESSIE. — ¡Los gastos! ¡Es un deporte para millonarios!

FLORA. — No es tan caro, salvo que te pagues a los *caddies* y todo lo demás.

BESSIE. — Correcto: y todo lo demás. Comprar las pelotas y perderlas y comprar más. No puedes dedicarte al golf sin un desembolso inicial de unos treinta y cinco dólares. ¡Y eso no es más que el principio!

FLORA (*quejosa*). — No es necesario perder las pelotas, ¿verdad?

BESSIE (*vagamente*). — Tal vez no sea necesario, pero así ocurre.

FLORA. — Bueno, los deportes al aire libre son una base maravillosa para hacer amistad.

BESSIE (*gravemente*). — ¿Quieres decir con los hombres?

FLORA. — Aja-ja.

BESSIE. — Eunice McPheeters, para mencionar un ejemplo, ha estado jugando al golf quince años seguidos. ¿Alguna vez ha hecho contactos muy brillantes con los hombres?

FLORA. — ¡Es probable que sí; no veo ningún motivo para dudar! ¡Piensa en la cantidad y en la clase de hombres que juegan al golf!

BESSIE. — ¡Piensa en... Eunice! Tiene el rostro congelado en

una mueca permanente de desdén. ¡Una muchacha así podría naufragar en una isla y aunque los machos la superaran cincuenta a uno, escaparía sin ni siquiera un leve flirteo!

FLORA. — Tú no aprecias a Eunice. Eunice tiene sentido común y se le ve en la cara.

BESSIE. — ¿Es eso lo que se le ve en la cara?

FLORA. — No puede esperarse que una muchacha que ha pasado por lo que pasó Eunice McPheeters en su familia y todo lo demás considere la vida como una cabalgata continua de alegrías.

BESSIE. — ¿Pero por qué hablar del golf como si fuera el sentido y el fin de la vida?

FLORA. — ¿Quién lo hizo, y quién lo ha hecho alguna vez?

BESSIE (*tagamente*). — Eunice y tú: aunque ella lo practica y tú no.

FLORA. — Sólo estoy tratando de pensar en algo para ayudarte.

BESSIE. — Acepta mi agradecimiento, mi sincero aprecio: ¡pero por favor no esfuerces tu aparato pensante!

FLORA. — ¿Sarcasmo, Bessie?

BESSIE. — No, querida, pero hoy salí con el propósito de divertirme. Ése fue mi propósito al dejar el cuarto del hotel. Si estás de acuerdo: ¡bien! Si no: ¡adiós! Es fácil separarse. Te vas al Statler y yo al Coronado, o como prefieras, ¡pero no trates de llevarme a un estado de depresión! He tenido una suerte desastrosa con los hombres. ¡No una vez sino siempre! Tú también has tenido tu cuota de desilusión. Hasta ahí vamos bien. Pero si empiezas a machacar con el yoga, con la situación hogareña de Eunice... ¡adiós, muchachita! ¡Hemos llegado a la triste y dulce separación! Quiero decir de caminos...

(Toma un largo trago de cerveza, se atraganta y lo escupe. Las dos muchachas se apartan con rapidez de la mesa a tiempo para evitar el diluvio. El incidente es olvidado de inmediato.)

FLORA (*soñadora*). Bessie...

BESSIE. — ¿Eh?

FLORA. — Después de Howard, sabes bien que te abandonaste.

BESSIE. — Exactamente como tú después de Vernon. Pasé un período horrible por un tiempo...

FLORA. — Tomaste una actitud negativa hacia las cosas. Actuaste como si toda esperanza hubiese desaparecido de tu vida. Pero en vez de demacrarte, engordaste. ¡Honestamente, Bessie, te inflaste como un globo!

BESSIE. — Solía usar el talle dieciséis.

FLORA. — Bessie, eso tiene que haber sido mucho antes de que yo te conociese.

BESSIE. — En 1930.

FLORA. — ¿Hace tan poco, querida?

BESSIE. — No tuve problemas de silueta hasta el invierno de 1932. Pero a ti siempre te torturó el cutis. ¿No es así?

FLORA. — Sólo porque tengo una piel de textura tan fina.

BESSIE (*dubitativa*). — Es posible, pero además...

FLORA. — ¿Qué?

BESSIE. — ¡Nunca diste con un peinado que te sentara realmente!

FLORA. — ¿Qué tenía de malo el que me hice la semana pasada en Antoinette's?

BESSIE. — Querida, el estilo peinado alto no es para tu cara. Cada tipo de cara exige un estilo distinto de peinado, así como las distintas siluetas no pueden ponerse el mismo tipo de ropa. Ahora bien lo que tú necesitas son líneas horizontales debido a la distancia que hay entre tu mentón y la frente.

FLORA (*lentamente*). — No he olvidado la vez que me llamaste "Cara-de-Caballo".

BESSIE. — Todo lo que quiero decir es que tienes cara larga así como yo tengo cara ancha. Ahora bien, lo que necesitas es batirlo un poco en las sienes, como una aureola.

FLORA. — ¿Un oriol? ¿Cómo un pájaro?

BESSIE. — No, querida. Se escribe distinto. Pero no importa. Lo que quiero decir es que en Antoinette's no te quieren

bien: ¡no, a juzgar por las cosas grotescas que le hacen a tu cara!

(Hay una pausa. FLORA mira a su amiga y sus labios empiezan a temblar. Lentamente su rostro baja sobre el delicado tallo de la garganta y el sombrero de ala ancha oculta las lágrimas.)

BESSIE (*gentil y apenada*). — ¡Tú machacas con el yoga y con el golf de Eunice McPheeters, y dices que tu carácter sensible es comprendido por un loro! Pero te doy un consejo bien intencionado y... ¡lágrimas, lágrimas, lágrimas! ¡Una fuente continua de lágrimas! (*Abre su cartera y saca distintos cosméticos.*) Repara los estragos y vamos al Statler.

(BESSIE ha tomado un lápiz labial y FLORA una hojita de Kleener, cuando de pronto la puerta de entrada se abre bruscamente sobre un par de figuras masculinas con el uniforme estival de desfile blanco y azul de los Hijos de Marte. Uno se agacha junto a la puerta y el otro salta sobre su espalda, acción que se repite hasta que llegan a la mesa de las muchachas, donde se detienen abruptamente, soplan pitidos agudos en cornetas de juguete y les ofrecen el brazo. Electrizadas de alegría, las muchachas se han puesto de pie de un salto. BESSIE toma el brazo de uno, FLORA el del otro, y se contonean alegremente alrededor de la mesa, cantando "Mademoiselle de Armentières".)

TELÓN

ÍNDICE

Confesionario.	7
El ataúd de vidrio esmerilado.	49
La Gnädiges Fräulein.	67
Un análisis perfecto dado por un loro.	109

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

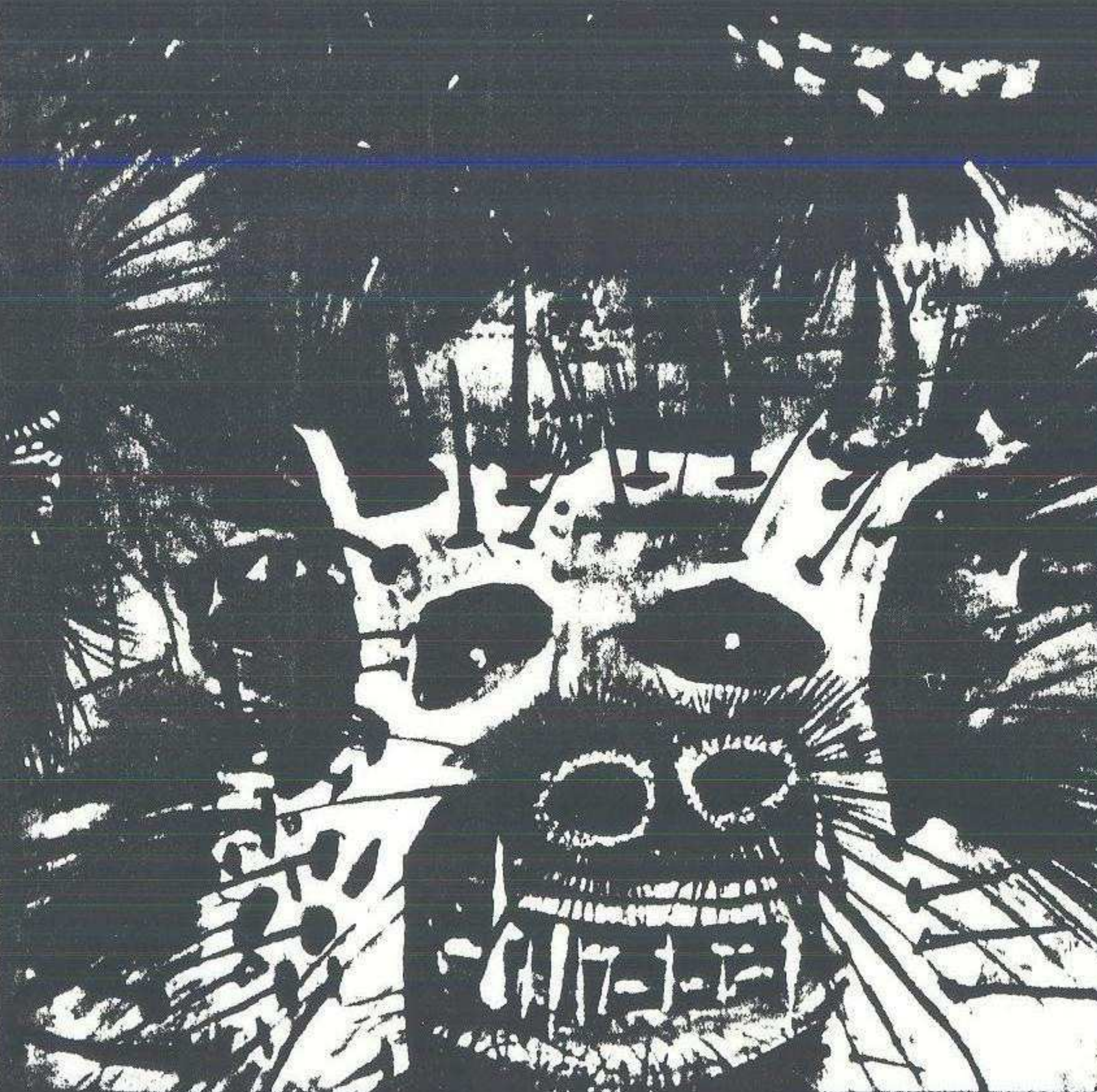
Seminario Multidisciplinario Josemilio González
Bachillerato de Estudios Interdisciplinarios
Facultad de Humanidades
Universidad de Pinar del Río
Recinto Universitario

Al término de la Segunda Guerra Mundial, el drama psicológico-realista, con fuertes raíces en Ibsen, Strindberg y O'Neill, se enseña de la escena norteamericana. Uno de sus máximos representantes fue, sin duda, Tennessee Williams. Nacido el 28 de marzo de 1914 en la Rectoría Episcopal de Columbus (Miss.), Thomas Lanier Williams —tal su nombre legal— desempeñó los más diversos oficios —lustrabotas, portero, mozo, etc.— al tiempo que estudiaba en la Universidad. Escribió luego poemas, relatos, alguna novela, un libro de memorias y numerosísimas obras teatrales, que son las que le han brindado dilatada fama. El choque entre la realidad y la ilusión, la frustración, la soledad, la fragilidad psíquica constituyen los temas básicos que el dramaturgo desarrolla en un clima de desintegración obsesionante, ríspido. **El zoo de cristal** (1945), **Verano y humo** (1947), **Un tranvía llamado Deseo** (1947), **La rosa tatuada** (1951) y **La noche de la Iguana** (1962) se cuentan entre sus principales obras. Durante muchos años, Editorial Losada publicó, con éxito sostenido, las piezas fundamentales de Tennessee Williams en sus colecciones Gran Teatro del Mundo y Teatro en el Teatro; luego fueron incorporadas a la Biblioteca Clásica y Contemporánea en tres tomos sucesivos (N.ºs 455, 457 y 458). En esta misma colección se publica ahora **El país del dragón**, en dos volúmenes que reúnen ocho obras breves. A la vez que permiten completar la imagen de un autor clave, ellas son ejemplo de síntesis escénica y concentración dramática.

TENNESSEE WILLIAMS

© B

EL PAÍS DEL DRAGÓN II



Confesionario
El ataúd de vidrio esmerillado
La Gnädiges Fräulein
Un análisis perfecto dado por un loro

EL PAÍS DEL DRAGÓN
II

BIBLIOTECA
CLÁSICA
Y CONTEMPORÁNEA